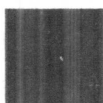


## Pobres y empobrecidos: viviendo la inseguridad laboral en Argentina

María Cristina Bayón\*



### ABSTRACT

En el contexto del debate sobre trabajo, ciudadanía e integración social, este artículo enfatiza la necesidad de una perspectiva multidimensional y dinámica para analizar las formas que adquiere la precariedad social en el nuevo escenario socio-económico, destacando el deterioro del mercado de trabajo, la segmentación en el acceso a los servicios sociales y los procesos de segregación espacial emergentes como algunas de las dimensiones más relevantes a tener en cuenta.

A través de entrevistas en profundidad, realizadas en dos localidades contrastantes del Gran Buenos Aires, se exploran los impactos disruptivos de la inseguridad laboral en diversas dimensiones de la vida individual y social, destacando las experiencias y respuestas desarrolladas por individuos y hogares en el marco del mercado, el Estado y la familia, en tanto esferas fundamentales de provisión del bienestar.

Se resalta la dramática presión que experimentan los hogares ante la ausencia de mecanismos de protección capaces de responder a una nueva estructura de riesgos sociales y a las escasas oportunidades de empleo que ofrece el mercado de trabajo. Finalmente, se enfatiza la importancia de una perspectiva integral para abordar los dilemas y desafíos que enfrenta la política de bienestar, destacando la necesidad de modificar el referente de la protección social, del estatus de trabajador al de ciudadano.

95

página

\* Investigadora del Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México  
Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación  
Departamento de Sociología  
Esta obra está bajo licencia [Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 2.5 Argentina](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/argentina/)



un incompleto Estado de bienestar han resultado en una marcada erosión del tejido social (Bayón, 2003). Los más afectados por estos procesos fueron los trabajadores de menores ingresos y bajos niveles educativos. Los sectores de clase media, que anteriormente habían disfrutado de una inserción más formal y estable en el mercado de trabajo, comenzaron a ser fuertemente impactados por las transformaciones en la estructura de empleo, experimentado un profundo deterioro en sus condiciones de vida y un marcado debilitamiento de los tradicionales canales de movilidad social.

Basado en entrevistas en profundidad<sup>38</sup> este artículo explora las diferentes respuestas desarrolladas por individuos y hogares para enfrentar el desempleo y la inseguridad laboral en el marco de las (escasas) oportunidades y (múltiples) constreñimientos provenientes de las tres fuentes fundamentales de provisión de bienestar: el mercado, el Estado y la familia. En la esfera del mercado se enfatiza la importancia de la variable espacial, destacando los impactos de los mercados de trabajo locales y la segregación residencial en los modos en que la inseguridad laboral se percibe y experimenta. Respecto al Estado se analizan las experiencias de trabajadores de sectores de bajos ingresos como beneficiarios de programas públicos de empleo, así como la creciente desprotección social que padecen los sectores medios. En el ámbito de la familia se explora de qué manera los hogares combinan recursos provenientes de diversas fuentes, así como las crecientes dificultades que éstos enfrentan para movilizar los (cada vez más escasos) recursos disponibles.

En suma, el análisis que aquí se presenta pretende ser una contribución para repensar las relaciones entre trabajo e integración social en un contexto en el cual la erosión de los canales tradicionales de “pertenencia” plantea profundos desafíos y dilemas a la política de bienestar en su conjunto.

---

<sup>38</sup> El trabajo de campo se llevó a cabo entre junio de 2000 y enero de 2001, durante el cual realicé sesenta entrevistas en profundidad. Se trató de una muestra analítica basada en los siguientes criterios: edad, género, clase social, estatus familiar y estar desempleado en el momento de la entrevista o haber experimentado una pérdida de empleo en el pasado reciente. Se incluyó sólo a trabajadores con experiencia laboral previa. Las localidades fueron seleccionadas desde una perspectiva comparada e incluyó a dos localidades contrastantes del Gran Buenos Aires en términos de su perfil y tradición económica, estructura social y cercanía respecto a la ciudad de Buenos Aires: Florencio Varela y Lanús. Florencio Varela es homogéneamente pobre –de hecho es uno de los municipios más pobres del Gran Buenos Aires– con escasa tradición industrial, limitadas oportunidades de empleo a nivel local y relativamente segregada espacialmente. En contraste, Lanús es un municipio lindante a la ciudad capital, con una estructura social más heterogénea y fue tradicionalmente parte del cinturón industrial que representaba una importante fuente de empleo para los residentes locales.

“Pobres y empobrecidos: viviendo la inseguridad...”

## EL MERCADO DE TRABAJO: NI CHANGAS, NI FÁBRICAS

La Argentina, y particularmente el Gran Buenos Aires, se caracterizó tradicionalmente por un mercado de trabajo más formalizado y por un sistema de protección laboral más extendido que en el resto de América Latina. Desde la década de los noventa el desempleo y el incremento del empleo precario – subempleo y empleo asalariado desprotegido– han emergido no sólo como las expresiones más evidentes del deterioro del mercado de trabajo, sino como características permanentes del mismo. El sector informal –particularmente el empleo por cuenta propia– tuvo una menor capacidad de absorción que en la década de los ochenta, incrementando la vulnerabilidad de vastos sectores a la exclusión del mercado de trabajo.<sup>39</sup> Si bien los problemas de funcionamiento del mercado laboral no constituyen un fenómeno nuevo en la Argentina, a partir de los años noventa la magnitud del “problema del empleo”, la pobreza y la desigualdad adquirieron niveles sin precedentes.<sup>40</sup> Según datos oficiales del Gran Buenos Aires, en mayo de 2003, 4 de cada 10 trabajadores estaban desocupados o subocupados (16.40% y 20% respectivamente), 4 de cada 10 desocupados eran jefes de hogar, 6 de cada 10 trabajadores buscaban empleo, 4 de cada 10 hogares eran pobres y casi 2 de cada 10 no alcanzaban ni siquiera a cubrir la canasta básica de alimentos, es decir, eran indigentes (EPH, INDEC).

Las limitadas oportunidades de empleo en un contexto de extendida inseguridad laboral presentan matices e impactos diferenciados cuando se incorpora en el análisis la variable espacial. El lugar de residencia en la ciudad es tan importante en la determinación de la pobreza y el desempleo como el capital humano individual y las características demográficas (Roberts, 2002).<sup>41</sup>

<sup>39</sup> Entre 1990 y 2000, el desempleo se incrementó el 210%, el empleo desprotegido o sin beneficios sociales creció el 58%, mientras que el empleo por cuenta propia descendió el 4.50% durante el mismo período (EPH, INDEC, Octubre).

<sup>40</sup> Al respecto véase Damill y otros (2002), Altimir y otros (2002), Bayón y Saraví (2002).

<sup>41</sup> Diferentes estudios enfatizan la importancia creciente de un patrón espacial en la distribución de la pobreza y la polarización social y el rol que en este patrón desempeñan los mercados de trabajo locales (Morris, 1987; Massey, 1996; Wilson, 1987; 1996; Wacquant, 1999). En América Latina, Katzman (2001) destaca el proceso de segregación residencial de los pobres urbanos como consecuencia de sus limitadas oportunidades para lograr una inserción relativamente estable en el mercado de trabajo. Sabattini y otros (2001) resaltan la “malignidad” que está cobrando la segregación espacial en diversas ciudades latinoamericanas, en referencia a su rol en la consolidación de núcleos duros de pobreza caracterizados por el predominio de diversas formas de desintegración social, tales como el abandono escolar, el aumento de jóvenes que no estudian ni trabajan, el desempleo, el embarazo adolescente y la drogadicción.

Esto se relaciona con procesos de segregación residencial, que suponen tres dimensiones fundamentales: la tendencia de los grupos sociales a concentrarse en algunas áreas de la ciudad; la conformación de áreas o barrios socialmente homogéneos, y la percepción subjetiva de los residentes acerca de la segregación “objetiva” (Sabattini y otros, 2001). La segregación residencial constituye la disposición espacial aglomerada de un grupo social que contribuye a agravar determinados problemas para sus integrantes (Ibídem).

Los profundos cambios experimentados en el mercado de trabajo, el aumento del desempleo, la pobreza y la desigualdad social han rediseñado la geografía social del Gran Buenos Aires. Como señala Prévôt Schapira (2002), al endurecimiento de las viejas oposiciones (centro-periferia, norte-sur, primera-segunda corona), como lo muestran los indicadores de ingreso, salud y mortalidad infantil, se superpusieron nuevas “fronteras” ligadas a la difusión de la pobreza y a la pauperización de amplios segmentos sociales, procesos que evolucionaron paralelamente al retiro del Estado: privatización de los grandes servicios urbanos (agua, gas, luz, metro, trenes suburbanos), deterioro de la escuela pública, de los servicios de salud y de los mecanismos de protección social.

La proximidad a la ciudad capital y los consecuentes menores costos de transporte, adquieren particular relevancia en las posibilidades de acceso a los cada vez más limitados empleos—incluso los de baja calificación en el sector de servicios. Los tradicionales cinturones industriales que rodeaban a la ciudad de Buenos Aires sufrieron las más fuertes pérdidas de puestos de trabajo, y ofrecen actualmente muy escasas oportunidades laborales.<sup>42</sup>

Para quienes habitan en zonas más distantes, la escasez de oportunidades a nivel local se ve agudizada por la imposibilidad de afrontar los costos que supone la búsqueda de empleo en la ciudad capital. Así, ciertas zonas urbanas, caracterizadas como “ciudades dormitorio” padecen de un progresivo proceso de segregación, no sólo por la concentración de pobreza, sino por la combinación de *pobreza y desempleo* que resulta en una creciente fragmentación socioterritorial. Los costos de transporte no sólo operan como un obstáculo fundamental a la hora de buscar empleo, sino también para aceptarlo dado el

<sup>42</sup>Gutiérrez (2000) señala que la política de transporte público tuvo importantes efectos en la producción de las desigualdades económicas y territoriales, agudizando las dinámicas excluyentes de los procesos de restructuración económica. Junto a la privatización de los servicios ferroviarios y de la red de subterráneos y a la desregulación del sistema de autotransporte metropolitano llevadas a cabo entre 1994 y 1995, las tarifas de todos los modos de transporte público ascendieron considerablemente: entre 1991 y 1998 la tarifa media de autotransporte de jurisdicción nacional aumentó el 242%, la del subterráneo el 61%, y la del ferrocarril el 32% (Ibídem).

“Pobres y empobrecidos: viviendo la inseguridad...”

evidente desequilibrio entre éstos y los potenciales salarios (costos de oportunidad). A la par de las mejoras de confort asociadas a tarifas diferenciales y a la ampliación de la variedad de opciones de aquellos que pueden elegir, se restringió la movilidad de aquellos para quienes el costo del viaje es determinante no sólo de la elección del modo de transporte, sino de la posibilidad de desplazamiento en sí misma (Gutiérrez, 2000).

[...] “Antes no era un problema vivir un poco más lejos de Buenos Aires... porque la gente salía igual, salía, iba a laburar, iba a buscar laburo, había medios de vida... en una familia, siempre había uno o dos que laburaban y entonces eso determinaba que la familia no esté totalmente desprotegida, o sea, tenías un mínimo de recursos como para moverte” (Andrés, 43 años, Florencio Varela).

[...] “acá vivís con la plata en la mano, *si tenés plata sos pobre, si no tenés plata sos una bolsa de basura*, porque no tenés movimiento para ningún lado, ¿me entendés? Si yo tengo \$5 en este momento, agarrás, tenés que ir a capital y bueno \$5 los gastás y te vas hasta capital porque sabés que a lo mejor te la rebuscás [...] *si no tenés plata no podés andar en ningún lado*” (Luis, 45 años, Florencio Varela)

Los mercados de trabajo locales no sólo difieren con relación a su ubicación geográfica, sino a sus tradiciones laborales. Para los residentes en localidades con tradición industrial el desempleo es sinónimo de desindustrialización, de cierre y desaparición de fábricas, pequeños comercios y talleres.

“Esto era todo industrial, había industrias, había chimeneas de las que salía humo constantemente, y vos veías a las 8 de la mañana gente que trabajaba [...] Ahí donde yo nací, donde yo vivía se llama Villa de los Industriales, justamente si vos te remitís a la historia porque eran todas industrias, eran establecimientos de las industrias... Industrias textiles, metalúrgicas, de vidrio, acá había cualquier cantidad [...] era un cordón industrial... *está todo cerrado, no hay nada, absolutamente nada, hay familias enteras sin trabajo*” (Violeta, 41 años, Lanús)

Para quienes habitan en zonas más segregadas, menos trabajos es equivalente a *menos changas*, y en general a menos posibilidades de acceder a empleos informales.

“Antes había laburo ahí nomás, enseguida... Ahí nomás agarrabas [...] me iba por ejemplo en el Río (colectivo) de Quilmes, iba pasando por ahí,

veía un letrero “necesito chapista” y en vez de irme para donde me iba, me largaba ahí nomás, iba, entraba al taller, ¿necesitás.... ? Y me iba, pegaba la vuelta, buscaba la ropa y me iba a laburar, así que...” (Ignacio, 53 años, Florencio Varela).

“Vos fijate, si andás un poquito más en la calle te vas a fijar que se andan peleando, un poco más se cagan a trompadas por \$2 para cortar el pasto en una casa” (Luis, 45 años, Florencio Varela)

La búsqueda de empleo, cuando *no hay trabajo*, es probablemente una de las más frustrantes, crudas –y muchas veces humillantes– *experiencias del mercado*, en donde se padece un enfrentamiento cotidiano con las nuevas –y precarias– realidades del mercado de trabajo. En un contexto de alto desempleo los tradicionales mecanismos para obtener un empleo como avisos en periódicos y el uso de redes sociales pierden efectividad. La ausencia de instancias públicas capaces de proveer información y orientación para la búsqueda de empleo, hacen de ésta una experiencia enteramente individual.

Los resultados se expresan claramente en el tipo de trabajos obtenidos luego de un período de desempleo. Las trayectorias laborales de los desempleados muestran un marcado proceso de movilidad laboral descendente, un profundo deterioro de las condiciones de trabajo y el creciente riesgo entre los menos calificados de quedar permanentemente excluidos del mercado de trabajo. La falta de oportunidades de empleo, la baja calidad de los pocos empleos disponibles y los casi inexistentes mecanismos de protección social colocan a los trabajadores en situaciones de extrema desventaja y vulnerabilidad, por lo que cualquier tipo de trabajo resulta “adecuado”, especialmente para quienes no cuentan con otra fuente de ingreso que la venta de su fuerza de trabajo. El efecto disciplinario se expresa en sentimientos de indefensión frente a las demandas patronales y resulta en conductas adaptativas frente a condiciones de trabajo consideradas injustas. Así, a la flexibilidad “formal” producto de los cambios en la legislación laboral se suma una flexibilidad “de hecho” cuya resultante es un mercado de trabajo con niveles de precariedad alarmantes.

“Pobres y empobrecidos: viviendo la inseguridad...”

“Al principio me sentí mal, después ya lo vas tomando como una cosa de todos los días [...] Si te dicen: venga a las 4 de la mañana, vas a ir a las 4 de la mañana, si te tenés que quedar hasta las 10 de la noche, te vas a quedar hasta las 10 de la noche, y uno trata de hacerlo lo mejor posible.” (Luis, 49 años, Lanús)

## EL ESTADO: FOCALIZACIÓN Y DESPROTECCIÓN SOCIAL

La frustrante *experiencia del mercado* es acompañada por escasos o inexistentes mecanismos de protección por parte del Estado. La cobertura del seguro de desempleo<sup>43</sup> es tan limitada que no puede ni siquiera ser caracterizada como propia de un régimen de bienestar “sub-protector”<sup>44</sup>. Las escasas redes de contención social se limitan a programas públicos de empleo “focalizados” hacia los sectores de menores ingresos, estrategia privilegiada para contener la conflictividad social resultante de los altos niveles de pobreza y desempleo.

Los bajos niveles de compensación que reciben los beneficiarios de estos programas pretenden asegurar una efectiva “auto-focalización”, a la par de “contribuir a que los trabajadores acepten trabajos regulares cuando éstos estén disponibles” (Jalan y Rovallion, 1999). Sin embargo, cuando dicha “disponibilidad” es sumamente escasa, las probabilidades de reinserción laboral son muy bajas, por lo que la participación de al menos uno de sus miembros en estos programas constituye para muchos hogares la única alternativa de obtener algún tipo de ingreso. El tipo de actividades desarrolladas por sus

<sup>43</sup> La ley de empleo aprobada en 1991 incorporó el seguro de desempleo, pero sólo limitado a ciertos sectores del sector formal, lo que explica su escasa cobertura, que hacia fines de los noventa no superaba el 6% de los desocupados (Altimir y Beccaria, 1999; SIEMPRO, 2001). Tienen derecho a solicitar el seguro de desempleo aquellos trabajadores despedidos sin causa justa de un empleo registrado y que hayan hecho aportes a la seguridad social durante al menos 12 meses de los 36 previos al despido. Cubre a los asalariados incluidos en la Ley de Contratos de Trabajo, por lo que excluye a los trabajadores de la construcción (quienes tienen su propio esquema), el servicio doméstico, el sector público y las actividades rurales.

<sup>44</sup> Con particular énfasis en los aspectos de los regímenes de bienestar que proveen protección frente a los “infortunios” del mercado de trabajo: cobertura, nivel de compensación y gasto público en políticas activas de empleo, Gallie y Paugam (2000) distinguen cuatro regímenes de bienestar respecto al desempleo en Europa: subprotector, liberal/mínimo, centrado en el empleo y universal. Un régimen sub-protector –como el predominante en los países de Europa meridional– es un sistema que ofrece a los desempleados niveles de protección por debajo de los mínimos de subsistencia; una escasa proporción de desempleados reciben beneficios, sus montos son muy bajos y las políticas activas de empleo son prácticamente inexistentes. En este tipo de régimen es esperable que los desempleados experimenten severas dificultades financieras y vivan bajo el umbral de la pobreza, revelando una crónica ausencia de intervención organizada y planificada por parte del estado (Ibidem).

beneficiarios –usualmente limitadas a la limpieza y mantenimiento de espacios públicos– y el perfil de los cursos de capacitación (jardinería, tejido, etc.), cuando éstos son ofrecidos, ciertamente no mejoran la “empleabilidad” de los trabajadores de baja calificación.

La insuficiente cobertura suele ir acompañada por la falta de transparencia y prácticas clientelares tanto en el reclutamiento de beneficiarios como en la administración de los mismos por parte de las instituciones locales –usualmente los municipios. La distribución de estos subsidios representa una fuente de poder fundamental para los jefes políticos locales. El contacto con los punteros políticos del partido de turno constituye un recurso clave para enfrentar la pobreza y el desempleo en los barrios más desfavorecidos. Como señala Auyero (2000), desde la perspectiva de los clientes no es el Estado sino los punteros políticos los distribuidores de bienes, quienes son vistos como sin ninguna obligación de hacerlo, por lo que el beneficiario no puede invocar ningún derecho sobre la cosa otorgada o el favor realizado, sólo existe una relación personalizada fuera de la cual nada se puede obtener, ningún problema puede resolverse.

“Me anotaron y siempre quedé afuera, siempre afuera... Y, hay que ir a chuparles las medias a ellos (a la municipalidad)... Si no, no conseguís nada”. (Ignacio, 53 años, Florencio Varela)

“Por las manzanas entré [...] Yo soy como... puntera del barrio, ayudo a mi marido [...] Apoyo de... tenemos nosotros el apoyo de las referentes barriales, que vienen a ser la mano derecha del intendente, que si no fuera por ellas nosotros ya estaríamos afuera del plan.” (Luisa, 36 años, beneficiaria Plan Trabajar, Florencio Varela)

La participación en cortes de ruta a través de “piquetes” –una práctica de acción colectiva que se extendió por todo el país a partir de 1996– representa otro importante canal de acceso a estos programas de empleo.<sup>45</sup>

“[...] nosotros íbamos a los cortes de ruta con los chicos, nosotros íbamos a participar, cosa que los que anotaban nos vean que por lo menos íbamos a apoyar [...] yo por los chicos, porque como no teníamos nada...” (Ana, 30 años, ex beneficiaria del Plan Barrios Bonaerenses)

<sup>45</sup> Los cortes de ruta ascendieron de 140 en 1997 a más de 1600 en los primeros seis meses de 2002 y se han transformado en el mecanismo de movilización popular más extendido para canalizar las demandas de trabajo y el acceso a consumos mínimos (como alimentos). El análisis de los movimientos piqueteros excede los objetivos de este artículo (véase Svampa y Pereyra, 2003; Palomino y Pastrana, 2002; Villalón, 2002).



“Pobres y empobrecidos: viviendo la inseguridad...”

En los sectores medios, el sentimiento de indefensión es generalizado. Algunos de los entrevistados que perdieron sus empleos formales y estables hacia mediados de los años noventa pudieron acceder temporariamente al seguro de desempleo. Sin embargo, el acceso al mismo (restringido por definición) en un contexto de alarmante precariedad laboral es cada vez más limitado. La pérdida de un empleo formal supone la pérdida de los beneficios sociales ligados a éste, como seguro de salud y aportes previsionales, lo que conduce a una caída continua —y en general irreversible— de los anteriores niveles de vida. Las dificultades para hacer frente a los servicios de salud privados, junto a la reticencia a asistir a los profundamente deteriorados y sobrepoblados servicios públicos, coloca a las clases medias frente a nuevos dilemas.<sup>46</sup>

“*Acá si no tenés un trabajo no tenés derecho a nada, ni a salud, ni a jubilación ni a nada. Yo lo que conseguí lo conseguí por mi trabajo, a mí el Estado jamás me dio nada.*” (Nora, 52 años, Lanús)

“[...] el gobierno dice: salen los planes Trabajar, los planes de esto, los planes de lo otro, pero se creen que los desocupados están solamente en las clases bajas, y yo creo que eso lo hacen con una intencionalidad de voto, porque *yo no soy clase baja y también estoy sin trabajo* [...] Entonces es como que a nosotros nos tienen ahí en el medio, nos dejan así, a la buena de dios [...] Por eso yo sí, *me siento desprotegido.*” (Omar, 36 años, Lanús)

En un contexto en el que el trabajo formal constituyó el principal mecanismo de integración social, su pérdida es percibida como exclusión y degradación, y no pocas veces acompañada de sentimientos de auto-desvalorización. El desempleo emerge como sinónimo de destitución social, de *estar fuera del sistema*, situación que se vuelve particularmente dramática para quienes, por su edad, las posibilidades de una reinserción relativamente estable en el mercado de trabajo son extremadamente difíciles.

“Yo por la edad me siento fuera del sistema. [...] hoy no ves en ninguna compañía gente mayor, hablo de mayores de 45, 50 años, si no está en un cargo muy alto y muy bien pago, que son escasísimos... es decir, en el empleo *normal* son contadísimos los que tienen más de 40 años.” (Gabriel, 50, Lanús)

<sup>46</sup>Al respecto, véase Kessler (2000) quien analiza la redefinición de las prácticas estratégicas de las empobrecidas clases medias en la Argentina.

## LA FAMILIA

La discontinuidad del empleo –y por tanto de ingresos– conduce a un proceso de progresivo agotamiento y pérdida de efectividad de los recursos de los hogares para hacer frente a situaciones de adversidad económica.<sup>47</sup> Este no es un fenómeno limitado a los sectores tradicionalmente caracterizados como “pobres”, sino que –y particularmente en el caso argentino– se extiende de manera dramática a sectores que históricamente pertenecieron a la otrora extendida clase media.

Las dificultades financieras derivadas del desempleo y la inestabilidad laboral del jefe de hogar son particularmente severas durante las primeras etapas del ciclo familiar, cuando las posibilidades de incrementar el número de miembros en el mercado de trabajo son mucho más limitadas. En estos hogares, el impacto de una frágil inserción en el mercado de trabajo sobre la dinámica familiar tiende a potenciarse, haciéndolos más vulnerables a rupturas familiares.

“Ahora hace un año y medio que estoy separado... y volví con mi vieja, a la casa de mi vieja. [Me separé] por este tema, creo que fue... porque yo no tenía una estabilidad laboral, nos hacían falta muchas cosas [...] Al principio nos íbamos arreglando porque ella ponía todas las ganas, toda la voluntad [...] no supo comprenderme, no supo... aguantarme, bancarme, qué sé yo... [...] [Ella] me exigía algo que no dependía de mí... que tenga trabajo... [...] Me hacía sentir eso, que yo no me calentaba lo suficiente, y sin embargo yo hacía lo imposible... [Ella] A veces sí trabajaba, a veces no [...] había un ambiente muy denso, por ahí todo me molestaba y ella no comprendía que me molestaba porque estaba mal, porque estaba sin trabajo [...] Si yo hubiera tenido un trabajo estable no hubiera pasado, estoy segurísimo de que no hubiera pasado...” (Santiago, 29 años, 2 hijos, repartidor en una pizzería, Lanús)

Otro elemento a tener en cuenta en “*cómo se vive*” la inseguridad laboral se refiere a las concepciones acerca de la distribución de los roles domésticos. Cuando el rol del *male breadwinner* está fuertemente internalizado, el trabajo de la esposa fuera del hogar es percibido por algunos hombres como un “fracaso”

<sup>47</sup>González de la Rocha (2001) destaca que el modelo de “los recursos de la pobreza” contribuyó a crear una visión equivocada: que los pobres pueden sobrevivir aún sin empleo, impidiendo un reconocimiento cabal de que la ausencia de ingresos provenientes del mercado de trabajo obstaculizan y erosionan la posibilidad de obtener ingresos provenientes de otras fuentes.

“Pobres y empobrecidos: viviendo la inseguridad...”

para cumplir con sus responsabilidades familiares, como una pérdida de identidad masculina. Cuando el desempleo del esposo se extiende por largos períodos, algunos hogares experimentan una “reversión” de roles (*role reversal*), en donde el hombre asume el tradicional rol de la mujer en el hogar. La tendencia observada, hacia un mayor involucramiento masculino en las tareas domésticas no se traduce, necesariamente, en un cambio de concepciones. Puesto que se trata de procesos en marcha, en donde los arreglos domésticos tienden a reflejar la alta inestabilidad del mercado de trabajo, debemos ser cautos de establecer generalizaciones al respecto. Sin embargo, el debilitamiento progresivo de los parámetros que sostenían las concepciones acerca de los roles de género considerados “normales”, va erosionando lentamente la tradicional división del trabajo doméstico.

[...] se te llegan a cruzar ideas de pegarte un tiro en la cabeza, que no servís más para nada; no podés mantener a tu hija, a tu esposa, matate, más o menos [...] *mirá, yo digo que yo no soy machista, pero creo que ahí te pinta el machismo, ¿no? el que tengo que mantener a mi familia, no puedo...* (Ernesto, 25 años, Lanús)

“[...] pienso yo que tendría que estar yo trabajando, no ella, y ella hacerse cargo de los chicos, de estar acá en la casa, pero... Sí [si me aburro] ya no quiero acá, no quiero hacer más nada... de estar con los chicos, ni lavar ropa, no cocinar, nada, quiero salir yo, y trabajar yo, y como... despejarme, porque todo el día es la misma rutina [...] de acá no salgo, estoy todo el día acá, en casa.” (Juan, 30 años, 2 hijos, Florencio Varela)

La presencia de al menos un miembro del hogar con una inserción relativamente estable en el mercado de trabajo, aún percibiendo muy bajos ingresos, representa un recurso altamente valorado que contribuye a reducir la incertidumbre respecto a la satisfacción de las necesidades básicas más urgentes.

“Yo tengo, ahora tengo tres nenas y un nene, tengo mi señora, cuatro hijos y..., la única que trabaja ahora, que empezó a trabajar este año es la piba más grande que tiene 18 años; y más o menos nos solventamos un poco con ella ahora, ¿viste? que ella nos da una mano [...] *es una manera de salvarse, no de cubrir los baches, es una manera de salvarse porque ella está trabajando efectivo. Sí, entró en una fábrica textil de conjuntos de mallas y está trabajando efectivo [...]*” . (Agustín, 39 años)

El caso de Ramón, 37 años y padre de 6 hijos, operario despedido de una fábrica de alimentos, ilustra claramente la dramática precariedad de las cada vez más limitadas “alternativas” disponibles, en donde las decisiones del hogar son, como señalan Selby y otros (1990), *suficientemente eficientes* para sobrevivir.

“[...] Cuando me echaron de la fábrica de galletitas tuve un año el fondo de desempleo [...] (con el último fondo de desempleo) me compré el carro y ahora vivo con el carro... [...] Salgo a cirujear por la calle... por todos lados... Lomas, Lanús, Avellaneda, Wilde... Cartón es lo que más se junta... pero ahora también está flojo en el carro, si hay muchos, ¡¡¡somos muchos!!! Cada vez somos más... se ve más la miseria ahora que antes [...] (Mi señora) ahora está en el plan Barrios Bonaerenses... Hace como 2 ó 3 años ya... es la primera que vez que trabaja ahora.”

“[...] Sí, yo me anoté pero no... me cortaba toda la mañana, no... no sirven \$200 por mes, entonces yo agarré y... como ella vio que tampoco daba con el carro entonces se anotó ella y yo voy con el carro [...] aparte agarrás las verduras y buscás las buenas, te rebuscás, prácticamente vivís de la basura, ¿no?”

La “disponibilidad” de miembros en edad de trabajar de ninguna manera garantiza su inserción en el mercado de trabajo. Por el contrario, el desempleo o inestabilidad del/la jefe de hogar, tanto en sectores de bajos ingresos como en las clases medias, en lugar de resultar en el aumento del número de perceptores, suele traducirse en un aumento del número de desempleados.

“[...] Sí, inmediatamente mi esposa pensó en salir... pero bueno, no se pudo, no hubo forma de... es decir... estaba el otro tema que te ofrecen nada para trabajar y estar todo el día fuera de tu casa por una miseria y no... Sí buscó, fue a ver, mandó cartas, mandó curriculum [...] no, no, no consiguió nada [...] Mi hijo trabaja hace dos años en una mutual de ahorro y préstamos... el se hace cargo de gastos... Y él gana 700 y algo... Y ella, ¡pobrecita! [en referencia a su hija de 20 años] tampoco consigue nada porque... lo que pasa es que piden gente joven y con experiencia” (Marcelo, 52 años, taxista, ex gerente de sistemas en una empresa cerealera, Lanús)

Similares resultados se encontraron en hogares complejos: aquellos que incrementaron su tamaño, no sólo no aumentaron el número de perceptores capaces de contribuir a los “gastos colectivos”, sino que agudizaron la incertidumbre económica del hogar.

“Pobres y empobrecidos: viviendo la inseguridad...”

“[...] en mi casa viven todos... Vive la piba casada también. El marido... que ahora el marido de ella se quedó sin trabajo [...] y somos doce, trece [...] Ingreso seguro no te puedo decir lo que hay, porque hay días que hay y hay días que no hay [...]” (Ricardo, 43 años, 7 hijos, changas de pintura, Lanús)

En contextos de extendido desempleo e inseguridad, la reciprocidad es difícil de mantener y las redes de intercambio social sufren una marcada erosión. El intercambio de ayuda material entre parientes y amigos, cuando *están todos en la misma*, no representa un recurso que pueda movilizarse para enfrentar situaciones de privación.<sup>48</sup>

“Ni familia ni amigos, tratamos de rebuscarnos entre nosotros, ¿viste? y así tiramos, o sea, con las changuitas que él hace así juntamos, vamos juntando para pagar la luz... para que no nos corten [...] *porque estamos todos en la misma situación, mi papá anda sin trabajo, mi suegro, mis cuñados están todos sin trabajo, así que... no tengo a quien recurrir, para pedirle plata no tengo a nadie.*” (Ana, 28 años, 6 hijos, Forencio Varela)

“Con la familia no podés contar... pedir que te ayuden mucho porque no se puede, no hay uno que esté en buena posición económica como para decir, “bueno, tomá, te presto \$200 me los devolvés la otra semana o el mes que viene”, no, si todo el mundo tiene para comer y nada más.” (Agustín, 39 años, 4 hijos, Lanús)

Entre algunos entrevistados de clase media, la variedad y calidad de los recursos disponibles contribuyó a amortiguar –al menos inicialmente– las dificultades financieras derivadas del desempleo. Sin embargo, ante el agotamiento de recursos acumulados en períodos de movilidad social ascendente, sus respuestas rápidamente tendieron a limitarse a la satisfacción de necesidades inmediatas en el corto plazo.<sup>49</sup>

“Cuando me despidieron yo todavía seguía conservando el auto y demás, y bueno, me encontré otra vez sin nada, así que vendí el auto y me lo pagaban en cuotas, así que con eso iba viviendo, como podía [...]”

<sup>48</sup> El estatus de empleo y el nivel de ingresos afectan las probabilidades de obtener *apoyo potencial* de familiares y amigos, por lo que los pobres y los desempleados son más vulnerables que otras categorías sociales. Los resultados de un reciente estudio (Paugam, 2002) revelan que en contextos de mayor pobreza, si bien los pobres tienen mayores contactos sociales (en términos de su frecuencia) se sienten más aislados socialmente.

<sup>49</sup> Véase Roberts (1991)

Cobraba el coche y bueno, le hice juicio al colegio [...] En la segunda conciliación me dijeron si estaba de acuerdo, que me correspondían 8000 pesos, y me pagaron 4000, en cuotas, y yo lo acepté [...] bueno... empecé a pintar. Mirá te lo digo pero me pongo mal... empecé a pintar el negocio con mis hijas y a averiguar por el diario de alquilar fotocopiadoras, porque no podía comprar, las sigo alquilando. [...] Tengo una hipoteca que pagar porque me están por rematar la casa, así que tengo que trabajar, trabajar y trabajar. Es duro... nunca pensé en vivir sin trabajar, creo que no me acostumbraría.” (Raquel, 49 años)

Los cambios en los hábitos de consumo, lejos de representar un “nuevo” mecanismo para enfrentar el deterioro en los niveles de ingreso, constituyen una estrategia ampliamente ensayada en los hogares de la empobrecida clase media durante los últimos veinte años.<sup>50</sup>

“Mirá, el cine no me gusta mucho pero el teatro me encanta, al teatro iba. La pelea era con mi marido porque ir al teatro era ir, salir a cenar, ir a bailar, hacer todas las cosas ese mismo día... [...] o hacer compras o regalos [...] Una sola cosa, el domingo pasado íbamos a comprar ravioles, somos siete, dos pesos por caja son \$14, con \$14 ¿cuántos paquetes de fideos compro? y ¿para cuántos días me alcanza? Me alcanza para cuatro comidas por lo menos, y los ravioles los vamos a comer en una, optamos por los fideos. Antes no, antes queríamos sándwiches de miga, íbamos y los comprábamos, ahora no, ahora los miramos.” (Marisa, 41 años, Lanús)

## CONCLUSIONES

El menor dinamismo del mercado de trabajo y el marcado deterioro de las condiciones de empleo, el acceso a los servicios sociales y su creciente segmentación, así como los procesos de segregación espacial constituyen algunas de las dimensiones más relevantes en el análisis de las expresiones que adquiere la precariedad social en el nuevo escenario.

Frente a la heterogeneidad de las respuestas ensayadas por los hogares de diversos sectores sociales emerge un elemento común que se refiere a la dramática presión que experimentan los hogares como consecuencia de la falta

<sup>50</sup>Veáse Minujín, 1992; Minujín y Kessler, 1995.

“Pobres y empobrecidos: viviendo la inseguridad...”

de mecanismos de protección por parte del Estado ante una nueva estructura de riesgos sociales y a las escasas oportunidades que ofrece el mercado de trabajo. En los sectores de menores ingresos las tradicionales “estrategias” para enfrentar la inestabilidad laboral han dejado de ser efectivas. En los sectores medios, la pérdida de un empleo formal y estable representa un punto de ruptura, de caída social difícilmente reversible.

Las profundas transformaciones experimentadas en las esferas de la familia y el mercado de trabajo en un escenario de creciente incertidumbre han evidenciado las limitaciones de ambos espacios para garantizar la provisión efectiva de bienestar. Esto plantea nuevos dilemas y desafíos a los tradicionales mecanismos de protección social, y obligan a repensar la política social y las provisiones públicas desde una perspectiva integral, donde las políticas de bienestar y empleo no sean concebidas de manera fragmentada.

En un contexto de vulnerabilidad laboral generalizada, las políticas públicas orientadas a garantizar niveles mínimos de bienestar no pueden limitarse a políticas “focalizadas” o “residuales”. Como se desprende de la experiencia de los beneficiarios en programas públicos de empleo, éstos sólo constituyen un paliativo temporario para el segmento más vulnerable de la población que no permiten superar el entrapamiento en situaciones de pobreza, sus impactos sobre las oportunidades de reinserción laboral son escasos, a la par que reproducen tradicionales prácticas clientelares.

El mercado de trabajo no sólo ha perdido su potencial integrador y de movilidad social, sino que se ha transformado en el principal mecanismo generador de vulnerabilidad y exclusión social, por lo que los parámetros para pensar (y garantizar) la pertenencia social no pueden estar limitados a situaciones de empleo que ciertamente han dejado de ser la “norma”, por lo que las seguridades básicas en términos de acceso a servicios, capacitación e ingreso mínimo, deberían constituir derechos ligados al estatus de ciudadano, independientemente de la situación de empleo.

Como señala Castel (2004), recurrir al derecho es la única solución que se ha encontrado hasta hoy para salir de las prácticas filantrópicas o paternalistas, donde hay una línea roja que no se debe franquear si lo que se pretende es que todos puedan pertenecer a una *sociedad de semejantes*.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Altimir, O. y Beccaría, L., (1999) *El Mercado de Trabajo bajo el Nuevo Régimen Económico en Argentina*. Serie Reformas Económicas, 28. Santiago de Chile: CEPAL.
- Altimir, O., Beccaria, L. y González Rozada, M., (2002) "La distribución del ingreso en Argentina, 1974-2000", en *Revista de la CEPAL* 78, diciembre 2002, pp. 55-85
- Auyero, J., (2000) "Cultura política, destitución social, y clientelismo político en Buenos Aires. Un estudio etnográfico", en M. Svampa (ed.) *Desde Abajo. La Transformación de las Identidades Sociales*, Buenos Aires, Editorial Biblos.
- Bayón, M. C., (2003) "La erosión de las certezas previas: significados, percepciones e impactos del desempleo en la experiencia argentina", en *Perfiles Latinoamericanos*, México, n° 22 (junio 2003), pp. 51 -77.
- Bayón, M. C. y Saraví, G., (2002) "Vulnerabilidad Social en la Argentina de los años noventa: impactos de la crisis en el Gran Buenos Aires", en R. Katzman y G. Wormald (coords.), *Trabajo y Ciudadanía. Los cambiantes rostros de la integración y la exclusión social en cuatro áreas metropolitanas de América Latina*, Montevideo, Cebra.
- Castel, R., (1997) *La Metamorfosis de la Cuestión Social*, Buenos Aires, Paidós.
- Castel, R., (2004) *La inseguridad social. Qué es estar protegido?*, Buenos Aires, Manantial.
- Damill, M., Frenkel, R. y Maurizio, R., (2002) *Argentina. Una década de convertibilidad. Un análisis del crecimiento, el empleo y la distribución del ingreso*, Santiago de Chile, OIT.
- Gallie, D. y Paugam, S., (2000) "The experience of unemployment in Europe: The debate", en D. Gallie and S. Paugam (eds.) *Welfare Regimes and the Experience of Unemployment in Europe*, New York, Oxford University Press.
- Gallie, D. y Paugam, S., (2002) *Social Precarity and Social Integration*, Report for the European Comisión, Directorate-General Employment, Eurobarometer 56. 1, Brussels.
- González de la Rocha, M., (2001) "From the Resources of Poverty to the Poverty of Resources? The Erosion of the Survival Model". Paper presentado en



“Pobres y empobrecidos: viviendo la inseguridad...”

- la conferencia: *Out of the Shadows: Political Action and the Informal Economy*. Center for Migration and Development, Princeton University.
- Gorz, A., (1998) *Miserias del presente, riqueza de lo posible*, Buenos Aires, Paidós.
- Gutierrez, A., (2000) “La producción del transporte público en la metrópolis de Buenos Aires: Cambios recientes y tendencias futuras”, en *Revista EURE (Santiago)*, vol. 26, no. 77, pp. 109-136.
- Humphrey, J., (1994) “Are the unemployed part of the urban poverty problem in Latin America” ?, *Journal of Latin American Studies*, 26: 713-36.
- Infante, R., (1993) *Labor Market, Urban Poverty and Adjustment: New Challenges and Policy Options*. Paper presented at the Symposium Poverty: New Approaches to Analysis and Policy, International Institute for Labor Studies, ILO, Geneva, November 22-23.
- Jahoda, M., (1982) *Employment and Unemployment: A Social Psychological Analysis*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Jahoda, M., Lazarsfeld, P. and Zeizel, H., 1972 (1933) *Marienthal: The Sociology of an Unemployed Community*, London, Tavistock.
- Jalan, J. y Rovallion, M., (1999) *Income Gains to the Poor from Workfare. Estimates for Argentina's Trabajar Program*, Policy Research Working Paper 2149, Washington D. C: The World Bank.
- Kaztman, R., (2001) “Seducidos y abandonados: el aislamiento social de los pobres urbanos”, en *Revista de la CEPAL* 75, pp. 171-189.
- Kessler, G., (2000) “Redefinición del mundo social en tiempos de cambio. Una tipología para la experiencia de empobrecimiento”, en M. Svampa (ed.) *Desde Abajo. La Transformación de las Identidades Sociales*. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Minujin, A., (1992) “En la rodada”, en Minujin, A., (ed.) *Cuesta Abajo. Los Nuevos Pobres: Efectos de la Crisis en la Sociedad Argentina*, Buenos Aires, Unicef/ Losada.
- Minujin, A. y Kessler, G., (1995). *La Nueva Pobreza en Argentina*, Buenos Aires, Editorial Planeta.
- Marshall, A., (2000) “Labor market regulation, wages and workers behavior. Latin America in the 1990s”, paper delivered at the XXI International Congress of the Latin American Studies Association, Miami, March 16-18.

- Massey, D., (1996) "The age of extremes: Concentrated affluence and poverty in the twenty first century", in *Demography*, 33 (4): 395-412.
- Morris, L., (1987) "The life cycle and the labor market", in A. Brymann and W. Bytheway (eds.) *Rethinking the Life Cycle*, London, Macmillan.
- Palomino, H. y Pastrana, E., (2002) *Movimientos y Reconstrucción social en Argentina hoy*, Documento preparado para el PNUD-IDH, Agosto.
- Paugam, S., (1995) "The spiral of precariousness: a multidimensional approach to the process of social disqualification in France", in G. Room (ed.) *Beyond the Threshold, The Measurement and Analysis of Social Exclusion*. Bristol, The Policy Press.
- Paugam, S., (2002) *The Subjective Experience of Poverty* (chapter 3) en Gallie, D. y S. Paugam. *Social Precarity and Social Integration*, Report for the European Commission, Directorate-General Employment, Eurobarometer 56. 1, Brussels.
- PREALC, (1981) *Dinámica del Subempleo en América Latina*, Santiago de Chile, PREALC.
- PREALC, (1987) *Ajuste y Deuda Social. Un Enfoque Estructural*, Santiago de Chile, PREALC.
- PREALC, (1991) *Empleo y Equidad: El Desafío de los 90*, Santiago de Chile, PREALC.
- Prévot Schapira, M., "Buenos Aires en los años '90: metropolización y desigualdades", en *Revista EURE* (Santiago), vol. 28, n° 85, dic. 2002 p. 31-50.
- Roberts, B., (1991) "Household coping strategies and urban poverty in a comparative perspective", en Gottdiener, M. and Pickvance, C. (eds.) *Urban Life in Transition*, London, Sage Publications.
- Roberts, B., (2002) "Los nuevos modelos de crecimiento y sus desafíos para los derechos sociales y la política social", en Katzman, R. y Wormald, G., (coords.), *Trabajo y Ciudadanía. Los cambiantes rostros de la integración y la exclusión social en cuatro áreas metropolitanas de América Latina*, Montevideo, Cebra.
- Rodgers, G., (1989) "Introduction: Trends in urban poverty and labor market access", en G. Rodgers (ed.) *Urban Poverty and the Labour Market: Access to Jobs and Incomes in Asian and Latin American Cities*, Geneva, ILO.
- Rodgers, G., (1995) "What is special about a social exclusion approach?", in Rodgers, G., Gore, Ch., and Figueiredo, J., (eds.) *Social Exclusion: Rhetoric, Reality, Responses*, Geneva, ILS, ILO.

“Pobres y empobrecidos: viviendo la inseguridad...”

- Sabatini, F., Cáceres, G., y Cerda, J., (2001) “Segregación residencial en las principales ciudades chilenas: Tendencias de las tres últimas décadas y posibles cursos de acción” en Revista *EURE* (Santiago) vol. 27, n° 82, p. 21-42.
- Selby, H., Murphy, A. y Lorenzen, S., (1990) *The Mexican Urban Household. Organizing for Self-Defense*, Austin, University of Texas Press.
- SIEMPRO, (2001) *El Desempleo Urbano*, Informe de Situación Social n°12, Buenos Aires.
- Svampa, M. y Pereyra, S., (2003) *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*, Buenos Aires, Biblos.
- Villalón, R., (2002) *Piquetes, Cacerolazos y Asambleas Vecinales: Social Protests in Argentina, 1993-2002*, Tesis de Maestría, University Of Texas at Austin.
- Wacquant, L., (1999) “Urban Marginality in the Coming Millennium” , *Urban Studies*, vol. 23, n° 10, pp. 1639-1647.
- Wilson, W., (1987) *The Truly Disadvantaged: The Inner City, the Underclass, and Public Policy*, Chicago, University of Chicago Press.
- Wilson, W., (1996) *When Work Disappears: The World of the New Urban Poor*, New York, Knopf.